

do que persona alguna había denunciado al Gobierno violencia semejante.

El 11 de Enero de 1875, para evitar, tal vez, la expatriación voluntaria de tantas jóvenes mexicanas, se dispuso que la primera autoridad política de cada lugar, residencia de las Hermanas, visitase á éstas para inquirir de cada una, separadamente, su libre voluntad, ya para permanecer en el país, ya para alejarse de él, á lo que la ley no las obligaba. El resultado de estas diligencias produjo el convencimiento pleno, de que en su totalidad las Hermanas vestían el hábito de las hijas de San Vicente de Paul en virtud de su libre albedrío y que su voluntad era la de abandonar el país, como lo efectuaron á poco tiempo.

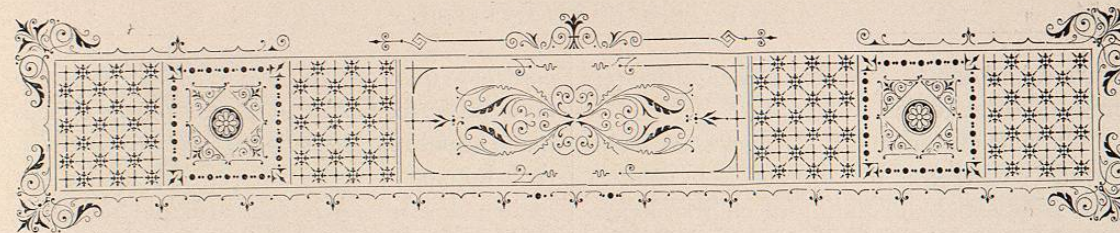
En fines de Enero de 1875 se hicieron á la mar, en Veracruz, á bordo del vapor "Louisiane," 144 mexicanas, 8 francesas y 7 españolas.

En Febrero se embarcaron en el vapor "Ville de Brest" 87 mexicanas y 24 extranjeras.

Otras muchas se hicieron á la mar en Mazatlán con dirección á San Francisco California.

Según datos publicados oportunamente por el señor Licenciado Don Diego Alvarez de la Cuadra, de las 410 Hermanas existentes en el país, en Diciembre de 1874, eran mexicanas trescientas cincuenta y cinco.

He dado una breve relación histórica de las Hermanas de la Caridad en México, sin comentar la ley que suprimió la Institución y que sólo por necesidad he mencionado. Si fué impolítica ó una exigencia por razón de Estado, no es á mí, ciertamente, ni á tal ó cual partido, á quienes toca hoy dar la debida solución, sino más tarde á la Historia, la que, libre de pasiones, coloca á los hombres y los hechos en el lugar que les corresponde. Declaro, sí, que conforme á los impulsos de mi conciencia, tiene que serme simpática la resolución de Don Benito Juárez y no la del señor Lerdo, y que deploro que la Caridad, por exigencias políticas, no haya servido de salvaguardia á las que la ejercían, quienes en pago de su abnegación sin límites, viéronse condenadas á morir en el ostracismo.



## CAPITULO II

### CONVENTOS DE RELIGIOSOS

#### I

#### CONVENTO DE SAN FRANCISCO.

*Á mi querido amigo Juan de Dios Peza.*

#### DESCRIPCION DEL CONVENTO.



NO me sería posible describir el extenso Convento de San Francisco, sino trayendo á la memoria las impresiones que recibí cuando, siendo niño, lo visité por primera vez. En mis ratos de esparcimiento, que eran aquellos en que rara vez *pintaba venado*, asustado por las largas y difíciles lecciones señaladas en la escuela, dábame por paseante á la ventura, y unas veces me dirigía al campo para admirar las obras de la Naturaleza, y otras, me introducía á los conventos y edificios públicos para satisfacer mi curiosidad y descubrir lo que ignoraba. Una de esas ocasiones, que, repito en desagravio de mis faltas, fueron pocas, dirigí mis pasos hacia el Convento de San Francisco. Entré por la puerta de Letrán en su anchuroso atrio, limitado por templos y capillas y fuíme en derechura á un extenso pórtico que á mi

diestra se hallaba (véase el grabado). Ese pórtico, convertido hoy en almacén ó depósito de fierro, presentábase con su esbelta arquería despejada, y sustentando espaciosas galerías, cuyas ventanas se hallaban simétricamente repartidas y concordantes con los arcos del piso inferior. Las paredes interiores del claustro se hallaban adornadas con grandes lienzos pintados al óleo que representaban los actos principales de la vida de San Sebastián de Aparicio. Entretúveme, un tanto, repasando las leyendas que acompañaban á los cuadros, y penetré, al fin, en el convento cuyos umbrales traspasé en los momentos en que varios legos repartían á muchos pobres, hombres y mujeres y niños, sopa y puchero que extraían con cucharones, de dos altos peroles, remitidos oportunamente, según costumbre, por los cocineros del

convento. Además, enviábanse á familias pobres en portaviandas, alimentos. \*

Halleme en una pieza espaciosa, de techo elevado y de escasa luz, á pesar de la cual mi vista perspicaz pudo distinguir un gran lienzo pintado que arriba de la puerta se hallaba. Representaba un San Cristóbal de proporciones colosales, en actitud de pasar un río, apoyándose en un troco de árbol á guisa de bastón y llevando sobre sus hombros al niño Jesús que sustentaba al mundo entre sus manos. A mi

contraste que formaba con el aspecto lóbrego de la portería. Como mariposa volé en el acto hacia aquel resplandeciente foco y pude admirar la hermosa perspectiva que ofrecían los elegantes claustro y sobre claustro que limitaban el patio y estaban formados por arcadas sustentadas por columnas dóricas, las del primero, y corintias, *corolíticas* ó festoneadas las del segundo.

Los muros interiores de ambos claustros estaban adornados con grandes cuadros, debi-



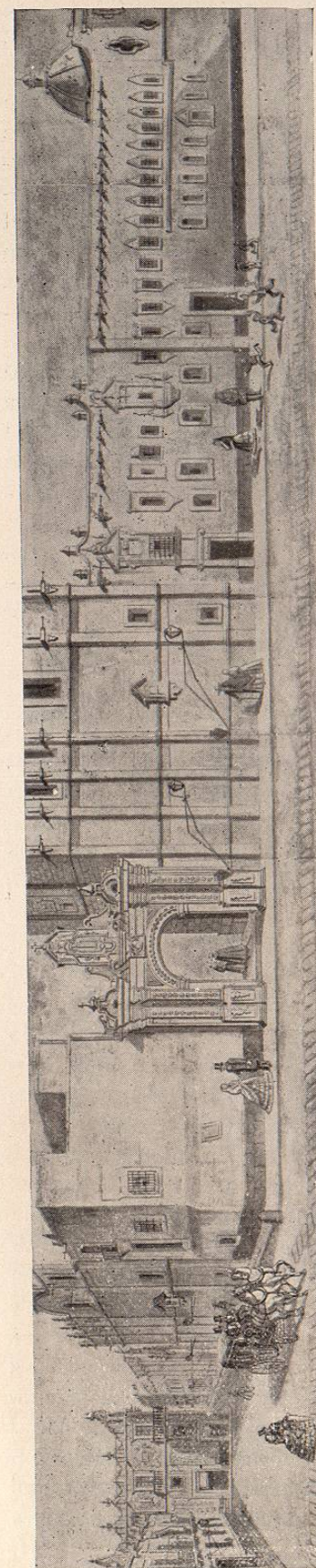
ATRIO DE SAN-FRANCISCO.

derecha estaba la gran escalera que conducía al piso superior del edificio, y á mi frente un gran arco que servía de entrada al patio del claustro principal, el cual se ofrecía á mi vista inundado todo de luz y más brillante por el

\* Cuando publiqué por primera vez este artículo díjome un amigo que los religiosos, con esa práctica de repartir alimentos daban pábulo á la vagancia. La crítica no tenía razón de ser, pues cuantas veces fijé mi atención en tales prácticas advertí que á quienes se atendía con el *socorro*, eran ancianos y personas enfermas verdaderamente necesitadas.

dos al delicado pincel de Baltasar de Echave, y representaban las principales escenas de la vida de San Francisco de Asís, explicadas en escudos sostenidos por ángeles, también pintados. Todas las leí y quedé instruido de las grandes virtudes que adornaron á tan gran Santo. Hoy estos claustros, despojados de sus pinturas y adornos, han sido transformados en templo protestante.

Como mi interés del momento no era el de visitar el templo, sólo eché un vistazo á la an-



Esquina de Zuleta.

Capilla de S. Antonio.

Celdas en la parte alta

Puerta del jardín.

Cuartel.

Capilla del Señor de Burgos.

Portada principal.

Casa del Capellán.

1ª calle de S. Francisco

Capilla del Tercer Orden.

Plazuela Guardiola.

Casa de los Azulejos.

Casa Escandón.

tesacristía, cuya entrada se hallaba en el ángulo Noreste del patio, y sólo atrajo mi atención un sepulcro que existía en la pieza pequeña, medianera entre dicho departamento y el templo. Esa tumba era la del glorioso misionero y apóstol de la caridad, el Venerable Fray Antonio Margil de Jesús, cuya fama era entonces para mí enteramente desconocida.

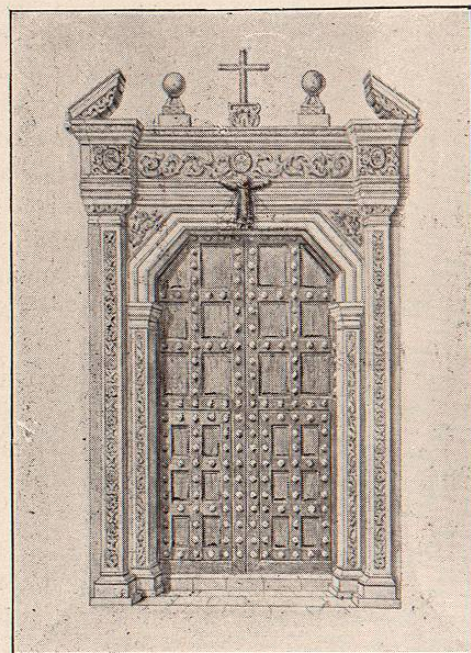
Retrocedí por la parte septentrional del claustro á la portería, y emprendí por la escalera que al principio mencioné, el ascenso al piso superior del convento. La escalera era de tres ramas: una que subía por el centro á un descanso, frente del cual se abría la puerta de la capilla del noviciado y las otras dos laterales que arrancaban de ese descanso y terminaban en el piso superior. Las paredes estaban adornadas con grandes cuadros, que representaban diversos pasajes de la vida de San Buenaventura, y el techo era de artesón dorado con figuras de relieve que simbolizaban las virtudes, coronadas por el Espíritu Santo.

Frente al descanso había una buena pintura, que representaba al Patriarca San José, y estaba avaluada en \$3,000.

Llegado que hube al piso superior, presentóseme el camino que debía seguir para internarme en el convento, y era el indicado por la puerta que se hallaba hacia el Oriente y conducía al sobre claustro, precedido por dos espaciosas galerías, que constituían, la de la derecha, la Sala Capitular y la de la izquierda el antecoro. La puerta de éste estaba formada de cuatro pilastras dóricas, de las cuales las dos mayores y más apartadas sostenían el cornizamiento con el frontón partido para dar lugar á la colocación de una cruz de piedra, y á los lados de ésta, á dos bolas de coronamiento, y las dos menores empotradas en el grueso del muro, que sostenían machotes angulares, sobre los que descansaba el dintel, sustituyendo las curvas de un arco por líneas rectas. Las pilastras y moldura estaban pintadas de verde esmalte y los adornos, de estilo del renacimiento, dorados, decoración que producía un buen efecto. Como la puerta estaba cerrada y mi intención, además, era dejar para otra ocasión mi visita al templo y á todo lo que á él pertenecía, recorrí la Sala Capitular y penetré por su puerta del fondo en los claustros interiores, nombre que también se daba á esos largos y estrechos pasadizos, que recibían es-

casa luz por claraboyas abiertas en las paredes medianeras de algún patio ó por lumbreras practicadas en el techo, á grandes distancias, los cuales pasadizos ó galerías daban entrada, por uno y otro lado, á las celdas de los Padres y ponían en comunicación los diversos departamentos del convento. Las puertas de las celdas eran bajas, y estrechas, de jambaje desnudo y sobre las cuales se veía algún cuadro con la efigie de un santo ó de algún sacerdote ilustre.

El claustro en que me hallaba pertenecía al noviciado, cuyas celdas por la parte del Sur caían al jardín, y por la del Norte, á dos pa-



PUERTA DEL CORO DE SAN FRANCISCO.

tios simétricamente situados á uno y otro lado de otro pasillo que formaba ángulo recto con el anterior. Por éste continué mi exploración y pronto me encontré en una espaciosa galería abierta por la parte de los dos referidos patios que la inundaban de luz, y cerrada enteramente por el Norte por un extenso muro en el que no había otro hueco que el de una gran puerta de medio punto, con enrejado de madera, que hacia el centro de él se hallaba. Acerquéme á dicha puerta y dirigí por entre las barras de la reja, mis investigadoras miradas, y con asombro descubrí una inmensa biblioteca, muy rica, según supe después, en obras históricas y en manuscritos. Dicha bi-

blioteca se hallaba sobre aquel claustro exterior que guió mis pasos á la portería, y del cual hice mención.

Largo tiempo permanecí allí contemplando aquellas riquezas literarias acumuladas por los franciscanos durante largos años, y cuando hu- be satisfecho mi curiosidad, proseguí mi interrumpida visita por lo largo de esa galería, al término de la cual, hacia el Poniente, dí con el claustro que en dirección de Norte á Sur, formaba el alero occidental del convento, dando las ventanas de sus celdas, unas al jardín y otras á la calle de San Juan de Letrán. Al empezar á recorrerla me encontré primero una gran escalera de tres tramos que descendía al piso inferior, y después muchas celdas; más como iba haciéndose tarde, no me detuve más y apresuré mis pasos hacia el lejano término de la galería ó sea la capilla de San Antonio, situada en la esquina de Zuleta y San Juan de Letrán. Hallábame en el departamento del *Coristado*, cuya era esa capilla que hoy pertenece al Hotel del Jardín, hallándose en los bajos de ella establecidos juegos de billar.

Esa Capilla me recordó una antigua conseja que poco antes me había referido un religioso. Cierta lego en los momentos de atizar una lámpara que estaba á su cuidado, y que en aquella continuamente ardía, vió cerca de la luz un brazo con su correspondiente mano, la que tenía entre sus dedos una carta. El lego se apresuró, sin pérdida de momento, á dar cuenta al Provincial de un hecho tan extraordinario, y á poco se oyó sonar la campana que llamaba á reunión, y los religiosos acudieron á la Sala Capitular en la que instruidos de lo que acontecía, resolvieron, después de una corta deliberación, dirigirse á la Capilla. Ya en ésta y en presencia del brazo aquél, que no abandonaba su primitiva posición, todos fueron acercándose á él, de uno en uno, empezando por el Provincial y terminando por el último lego, para ver á quién de ellos era entregada la misteriosa carta; más como todos se volvieron sin ella, mandóse entónces buscar á otro religioso y á su lego, á la sazón ausentes, poniéndose entretanto la comunidad en oración. No tardaron aquéllos en llegar á la Capilla é instruidos del caso, á su vez repitieron la escena anterior; mas sin fruto por parte del religioso, aunque no por la del lego, en cuyas

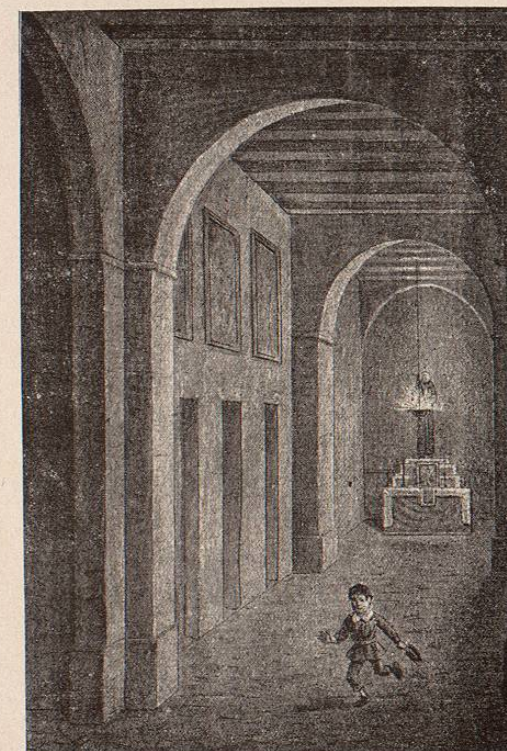
manos fué depositada la carta. Asustado y trémulo éste recorrió con agitación febril las líneas trazadas en aquélla y al terminar su lectura dijo al Provincial y á los padres de la comunidad en tono angustiado estas palabras: "Voy á emprender un viaje muy dilatado, y en tanto que me dispongo á dar cumplimiento á un mandato ineludible, os ruego que os pongáis en oración." Todos los religiosos se prostraron y entonaron el *Miserere*, concluido el cual se dirigieron al lugar en que el lego había permanecido inmóvil. Habláronle y no respondió, tocáronle el cuerpo y éste no se movió, quedando todos atónitos y asustados cuando vieron en las manos del Prelado las vestiduras abandonadas por el lego, cuyo cuerpo había desaparecido.

Preguntando yo mucho tiempo después, cuál sería la moraleja del cuento, se me respondió por uno: *Misterio y nada más misterio*; y por otro: "El referido lego había imputado á la comunidad faltas graves, y el calumniador tarde ó temprano alcanza su castigo."

La capilla de San Antonio, que aún existe por la feliz circunstancia de que el gasto de demolición era cuantioso y excedía de los cálculos económicos del que pretendió echarla abajo para sustituirla con otro edificio, es de una arquitectura bella y graciosa; la forma de su planta es una cruz griega cuyos brazos forman cuatro pequeñas naves cerradas por hermosas bóvedas de cuatro aristas y sostenidas por pilas- tras dóricas. De las cuatro del centro arrancan los arcos torales, cuyas claves, en las naves oriental y occidental, tienen labradas, en alto relieve, las imágenes de San Francisco y San Antonio; sobre los arcos y pechinas descansa el entablamento octogonal, muy rico en adornos labrados en la piedra, tanto en el arquite- trave como en el friso y la cornisa; y, por último, una bonita cúpula revestida en su parte exterior de azulejos, entre cuyos dibujos se advierten escudos flordelisados, da feliz remate al edificio de tan elegante construcción. La particularidad de esta pequeña capilla consiste en hallarse sobre otra de la misma forma, con la única diferencia de estar en ésta sustituida la cúpula con una hermosa bóveda de claustro. Llamábase esta segunda capilla de los *Santos Lugares* y tenía, como la primera, su altar en el extremo oriental de la nave paralela con la

Calle de Zuleta y en el cual decían misa los sacerdotes peregrinos que solían llegar de la Tierra Santa.

Abandoné la capilla de San Antonio y proseguí mi excursión por el dilatado claustro confinante por el Norte y Sur con hileras de celdas que daban, unas á la mencionada calle de Zuleta y otras á la huerta, convertidas hoy en viviendas del Hotel del Jardín. Por la parte media de esta galería desembocaba otro claustro por el que enderecé mis pasos, encontrándome, á poco, en un dédalo de crujiás estrechas y solitarias, que constituían, en parte, los pasadi-



CLAUSTRO INTERIOR.—EL P. MARGIL.

zos de la enfermería. Las puertas abiertas de una celda franqueáronme la entrada en ella, la cual era una pieza pequeña, cuya única ventana caía, por el Norte, á un gran patio, hallándose en la pared occidental, en el ángulo NO., pintada al temple, la imagen de un sacerdote, y al pie de ella la siguiente inscripción hecha con azulejos: *Verdadero retrato del Venerable—P. Fray Margil de Jesus—misionero apostólico el qual falleció en este sitio y Convento—de N. P. San Francisco de México—dia 6 de Agosto de 1726—á los 70 años de*